

Sed valientes y preparaos
para luchar

Noviembre de 1930

La recibió una bocanada de humo de tabaco y aire bochornoso cuando entró en el café. Fuera llovía, en los abrigos de pieles de algunas mujeres del local aún temblaban gotitas cual delicado rocío. Un regimiento de camareros con delantales blancos se movía rítmicamente de un lado a otro satisfaciendo las necesidades de los ociosos *Münchner*: café, pasteles y cotilleos.

Estaba en una mesa al fondo, rodeado por sus seguidores y aduladores habituales. Había una mujer que ella nunca había visto, una rubia platino con permanente y muy maquillada; una actriz, por la pinta que tenía. La rubia encendió un cigarrillo convirtiendo el gesto en un acto fálico. Todo el mundo sabía que a él le gustaban las mujeres recatadas y de aspecto saludable, preferiblemente bávaras. Con aquellos vestiditos tiroleses y calcetines hasta la rodilla, santo Dios.

La mesa estaba a rebosar. *Bienenstich*, *Gugelhupf*, *Käsekuchen*. Él tomaba una porción de *Kirschtorte*. Le encantaban los pasteles. No era de extrañar que estuviera tan pálido y demacrado, le sorprendía que no fuera diabético. El cuerpo blando y repelente bajo la ropa (ella lo imaginaba como masa de repostería) nunca se exhibía en público. No era un hombre varonil. Sonrió al verla y se incorporó un poco.

—*Guten Tag, gnädiges Fräulein* —dijo, e indicó la silla a su lado.

El lameculos que la ocupaba se levantó de un salto para cederle el sitio.

—*Unsere Englische Freundin* —le dijo él a la rubia, que soltó una lenta bocanada de humo y la observó sin interés.

—*Guten Tag* —saludó por fin. Era berlinesa.

Ella dejó el bolso, con su pesada carga, en el suelo junto a la silla y pidió *Schokolade*. Él insistió en que probara el *Pflaumen Streusel*.

—*Es regnet* —repuso ella por todo comentario—. Llueve.

—Sí, llueve —contestó él en inglés con mucho acento. Y rió, satisfecho con su intento.

Todos los que estaban sentados a la mesa rieron también.

—Bravo —exclamó alguien—. *Sehr gutes Englisch*.

De aparente buen humor, él se dio golpecitos en los labios con el índice y esbozando una sonrisita, como si oyera mentalmente una melodía.

El *Streusel* estaba delicioso.

—*Entschuldigung* —murmuró ella, y hurgó en el bolso para sacar un pañuelo con las esquinas bordadas y sus iniciales, «UBT»; un regalo de cumpleaños de Pammy.

Se dio educados toquecitos en los labios para limpiarse las migajas de *Streusel* y volvió a inclinarse para dejar el pañuelo en el bolso y sacar el pesado objeto que anidaba en él: el viejo revólver de servicio de su padre en la Gran Guerra, un Webley Mark V.

Un movimiento ensayado cien veces. Un solo disparo. La rapidez lo era todo, y sin embargo hubo un instante, una burbuja

suspendida en el tiempo cuando ya empuñaba el arma apuntándole al corazón, en el que todo pareció detenerse.

—*Führer*—dijo, rompiendo el hechizo—. *Für Sie*.

Por toda la mesa se desenfundaron pistolas para apuntarla a ella. Un aliento. Un disparo.

Ursula apretó el gatillo.

Se hizo la oscuridad.

Nieve

11 de febrero de 1910

Una bocanada de aire gélido, una estela glacial en la piel recién expuesta. Sin previo aviso, se encuentra fuera y el mundo húmedo y tropical que conocía se ha evaporado. Está a merced de los elementos. Una gamba pelada, una nuez sin cáscara.

No respira. El mundo entero se reduce a esto, a un solo aliento.

Los pequeños pulmones son como alas de libélula que no consiguen henchirse en el ambiente ajeno. No hay aire en la tráquea comprimida. En la diminuta voluta nacarada de una oreja zumban mil abejas.

Pánico. Una niña ahogada, un pájaro abatido.

*

—El doctor Fellowes ya debería estar aquí —gimió Sylvie—. ¿Cómo es que no ha llegado? ¿Dónde está?

Grandes gotas de rocío le perlaban la piel, como un caballo acercándose a la meta en una dura carrera. El fuego en la chimenea rugía como el de la caldera de un barco. Las gruesas cortinas de brocado se habían corrido para dejar fuera al enemigo, la noche. El murciélago negro.

—Supongo que el pobre hombre se habrá quedado atascado en la nieve, señora. Hace un tiempo espantoso. Habrán cerrado la carretera.

Sylvie y Bridget tenían que afrontar solas tan dura prueba. Alice, la criada, había ido a visitar a su madre enferma. Y Hugh, cómo no, andaba de aquí para allá buscando a su hermana Isobel, la bala perdida, *à Paris*. A Sylvie no le apetecía recurrir a la señora Glover, que roncaba como un cerdo hozador en su habitación, en la buhardilla. Imaginaba que dirigiría el parto como un sargento mayor en pleno desfile. El bebé llegaba antes de hora. Creía que se retrasaría como los demás. Hasta los planes mejor trazados se tuercen, ya se sabe.

—Ay, señora —exclamó de repente Bridget—, pero si está toda azul.

—¿Es una niña?

—Trae una vuelta de cordón. Madre mía, se ha estrangulado, la pobrecita.

—¿No respira? Déjeme verla. Tenemos que hacer algo... ¿Qué podemos hacer?

—Ay, señora Todd, no hay nada que hacer, se nos ha ido. Ha muerto sin tener la posibilidad de vivir. Lo siento muchísimo. Ahora será un angelito en el cielo. Ay, ojalá estuviera aquí el señor Todd... Lo siento mucho. ¿Le parece que despierte a la señora Glover?

Un corazoncito. Un corazón diminuto que latía desbocado, detenido en pleno vuelo como un pájaro abatido en el cielo. Un solo disparo.

Se hizo la oscuridad.

Nieve

11 de febrero de 1910

—Por el amor de Dios, muchacha, deja de correr de aquí para allá como un pollo sin cabeza y tráeme agua caliente y toallas. ¿Es que no sirves para nada? ¿Dónde te criaste, en un establo?

—Perdone, señor. —Bridget hizo una pequeña reverencia como si el doctor Fellowes fuera de la realeza.

—¿Es una niña, doctor? ¿Puedo verla?

—Sí, señora Todd. Una pequeñita preciosa y pizpireta.

Sylvie se dijo que el doctor Fellowes había forzado la máquina con aquella aliteración. No era un hombre afable ni en sus mejores momentos. La salud de sus pacientes, en especial cuando llegaban a este mundo o lo abandonaban, parecía destinada a irritarlo.

—Con la vuelta de cordón que llevaba, habría muerto. He llegado a la Guarida del Zorro justo a tiempo. Se ha salvado por un tris, literalmente.

Levantó las tijeras quirúrgicas para que Sylvie las admirara. Eran pequeñas y finas y con las puntas afiladas y curvas.

—Tris, tris —bromeó.

Aunque vagamente, dadas las circunstancias y el agotamiento que sentía, Sylvie tomó nota mental de comprar unas tijeras así, por si se daba una emergencia similar (algo bien poco probable,

cierto). O una navaja, bien afilada, para llevarla encima en todo momento, como la niña ladrona de *La reina de las nieves*.

—Ha tenido suerte de que llegara a tiempo —insistió el médico—, antes de que cerraran las carreteras por la nevada. He mandado llamar a la señora Haddock, la comadrona, pero tengo entendido que se ha quedado bloqueada a las afueras de Chalfont Saint Peter.

—¿Ha dicho Haddock? —preguntó Sylvie, y frunció el entrecejo. ¿No había un pez de la familia del bacalao con ese nombre?

Bridget soltó una carcajada y se apresuró a murmurar:

—Perdón. Perdome, señor.

Sylvie supuso que tanto ella como Bridget estaban al borde de la histeria. No era sorprendente.

—Irlandesa palurda —musitó el doctor Fellowes.

—Bridget no es más que una criada, y una niña. Y le estoy muy agradecida; todo ha sucedido muy deprisa. —Cómo le apetecía estar sola; nunca lo estaba, se dijo Sylvie, y añadió de mala gana—: Supongo que tendrá que quedarse a pasar la noche.

—Pues sí, supongo que sí. —Tampoco a él parecía hacerle mucha gracia.

Sylvie exhaló un suspiro y le sugirió que fuera a la cocina a tomar una copa de brandy, y quizá un poco de jamón y unos pepinillos.

—Bridget se ocupará de servirle.

Sylvie quería librarse de él. Había traído al mundo a sus tres hijos (¡tres!) y no le gustaba un ápice. Solo un marido debería ver lo que él veía. Toqueteaba y hurgaba con sus instrumentos en los lugares más delicados y secretos de una mujer. (Pero ¿habría preferido que una partera con el nombre de Haddock trajera al mun-

do a su hija?) Los médicos para mujeres deberían ser siempre mujeres. Qué cosa tan improbable.

El doctor no se decidía a irse; tarareando por lo bajo, supervisaba a una sonrojada Bridget mientras lavaba y envolvía en pañales a la recién nacida. Bridget era la mayor de siete hermanos, de modo que sabía cómo desenvolverse con un crío. Tenía catorce años, diez menos que Sylvie. Cuando Sylvie tenía catorce aún llevaba falda corta y estaba como loca por su poni, Tiffin. No sabía de dónde venían los bebés, e incluso en su noche de bodas seguía sin tener ni idea. Su madre, Lottie, se lo había insinuado, pero se quedó corta en cuanto a la exactitud anatómica. Las relaciones conyugales parecían estar vinculadas, misteriosamente, con el vuelo de las alondras al alba. Lottie era una mujer reservada. Algunos habrían dicho narcoléptica. Su marido, el padre de Sylvie, Llewellyn Beresford, se dedicaba a hacer retratos de la alta sociedad, pero no era en absoluto bohemio. Nada de desnudos o conductas turbias en su casa. Había pintado a la reina Alejandra cuando todavía era princesa; según él, era muy simpática.

Vivían en una bonita casa en Mayfair, con Tiffin en unas caballerizas cerca de Hyde Park. En sus momentos más sombríos, Sylvie se animaba imaginándose de vuelta en aquel soleado pasado, montada a lomos de Tiffin en su silla de amazona, trotando por Rotten Row una límpida mañana de primavera, con los árboles en flor.

—¿Qué me dice de un té caliente y una tostadita con mantequilla, señora Todd? —le preguntó Bridget.

—Sería estupendo, Bridget.

Por fin pusieron a la niña, envuelta como la momia de un faraón, en brazos de Sylvie, que le acarició la sedosa mejilla.

—Hola, chiquitina —musitó.

El doctor Fellowes apartó la mirada para no ser testigo de tan almibaradas demostraciones de afecto. Si de él dependiera, todos los niños se criarían en una nueva Esparta.

—Bueno, la verdad es que no me vendría mal un pequeño refrigerio. ¿No quedará un poco de la excelente salsa de encurtidos de la señora Glover, por casualidad?